

fallecer mi marido que es el tiempo que estuvo enfermo, y luego lo continué yo y mis hijos que eran bien pequeños y ya iban a repartir diarios. Empezaba a las seis de la mañana y a las 9,30 de la noche aún estaba allí. Entonces había serenos y vigilantes y cuando venían a las 6,30 de la mañana, venían y



cogían cinco o seis diarios y, claro, eso ya era mucho, y te estabas hasta que pasaban ellos, y cuando pasaban ellos cerrabas, y tenías que plegar todo, porque todo estaba por fuera porque, claro, siendo tan pequeño. Y había unos baños públicos porque, claro, la gente en casa no tenía nada de baños, ni hasta de váteres, y había unos baños que la gente venía y se bañaba el sábado o el domingo, la familia, y él tenía agua caliente, y explicándole que tenía frío que ya veía que tenía frío, pues un día viene y me trae una botella de aquellas de goma con agua caliente, y cuando tenía frío me la ponía en las piernas: era un alivio, me calentaba un poco, pero aquello duraba poco. Después el que encendía la calefacción en el ayuntamiento la encendía con carbón, y entonces me ponía dos adoquines de aquellos a que se calentaran bien y cuando estaban bien calientes me los ponía en un cacharro que tenía y me lo ponía en los pies y aquello duraba más. Los periódicos y revistas teníamos que ir a comprarlo todo. La Vanguardia, que es un periódico que le tengo un asco que no lo puedo ni ver, no la he leído nunca, íbamos a comprarla a la calle Talleres que está allí bajo en la Plaza Cataluña, en las Ramblas, y como eran los que tenían el papel, pues claro tenían Vanguardias, y se las daban a quien querían y nunca había suficientes en los kioscos, y si un día sobraban se las tenían que quedar y ese día no habían ganado nada, habían perdido. Y nosotros estuvimos mucho tiempo sin vender La Vanguardia, porque no podíamos ir a comprarlas, después había uno en la calle Verdi que tenía una escalerita y él iba a por un paquete de Vanguardias y un día nos dijo que si queríamos nos las traía él, y nos traía unas cuantas, después ya salió un periódico que se llamaba el Tele-Exprés, pues aquel nos dio vida a los de los kioscos porque lo traían a los kioscos y se lo llevaban, pues La Vanguardia se vio también obligada a hacer eso, a traerla y a recoger lo que sobraba pero hasta entonces nada. Salió también el Mundo Diario que era de Tele Exprés, que salía por la tarde, más bien un poco femenino para el mundo de las mujeres, que estaba bien. Por las Ramblas vendían los que salían en Madrid, pero por aquí arriba no se vendían esos. Salía Fotogramas que era una buena revista, La Codorniz también era buena, el Barça, otra que ya no me acuerdo cómo se llamaba que también era de fútbol, el Once que era una revista pequeña, no sé si salía alguna más, Garbo que también tenías que ir a comprarla donde La Vanguardia, El Noticiero...

Para venimos a este piso, mi marido había fallecido en el de Plaza de las Ses, y como el ayuntamiento tiró aquello pues sólo teníamos un año para buscarnos uno nuevo, y no teníamos dinero. Entonces buscando, buscando, nos dijeron de unos en Moncada, pero yo me hubiera pasado la vida en el kiosco y en la carretera, así que seguimos buscando encontramos este que está cerca del kiosco, ya estaba hecha la obra, y aquí nos quedamos.

PD. No es un cierre necesario, pero al hilo de las múltiples referencias destacadas en esta entrevista, bien podríamos señalar la importancia histórica, como represión y como despoblación, el halo del destierro. Y además, en muchos aspectos de idea principal y de aspectos subordinados. Seguramente éstos, desde el ámbito familiar, más importantes numéricamente que otros. Pues la reincorporación al lugar de procedencia suponía más que un estigma debido a la manera tan arbitraria y de dominio al gestionar la posguerra por Falange. No está en mis fuerzas poder realizar este recorrido de investigación. Pero lo dejo